

Jaime Galindo

Hace unos diez años unas malentendidas declaraciones del alcalde de Zaragoza en las que pedía «una Academia Militar pero no militarista» suscitaron una fuerte controversia en la opinión pública. Yo sí entendí a Pedro Santisteban, sabiendo que el militarismo es «el predominio de lo militar en la política y el gobierno de una nación». Sin embargo, no compartía su preocupación de entonces por la Academia al conocer de primera mano «el espíritu de la General» del que se impregnan nuestros cadetes. Esta formación basada en valores es uno de los factores que más ha contribuido a que hoy en día tengamos unas Fuerzas Armadas ejemplares, respetadas y queridas por la población, y plenamente integradas en la sociedad española.

Por esta formación y su experiencia, los militares saben que la fuerza militar no es suficiente por sí sola para resolver conflictos y que hay otras medidas indispensables para solucionarlos y construir una paz sólida. La educación para la cultura de la paz es una de ellas, que comienza en la familia y en la escuela, y continúa con la práctica cotidiana.

El problema surge cuando esa cultura de paz no es compartida por quienes deberían ser nuestros interlocutores e interpretan como debilidad nuestra disposición al diálogo sintiendo la tentación de imponer su voluntad por la fuerza.

Es en ese momento cuando, aunque insuficiente por sí sola para construir la paz, la fuerza militar resulta imprescindible para protegerla. Hay ocasiones en las que sólo el respeto ganado al acreditar capacidades suficientes y decisión de defenderse evita el avasallamiento, la agresión física, el empleo de la fuerza. Paradójicamente, la finalidad de la disuasión es impedir la guerra, garantizar la seguridad, proteger la paz y fomentar la resolución de los conflictos de forma pacífica.

Kofi Annan definía así su «concepto más amplio de libertad»: el respeto a «los derechos humanos, el desarrollo y la seguridad son interdependientes y, en su conjunto, dan como resultado una libertad más amplia». Nuestra legislación define la seguridad como «la base sobre la cual una sociedad puede desarrollarse, preservar su libertad y la prosperidad de sus ciudadanos».

Es responsabilidad de cada nación hacerse con la voluntad, el conocimiento y los medios suficientes para proteger los valores, recursos e intereses que estima, con una intensidad al menos equiparable a los riesgos y a las fuerzas que la amenazan. A esto se le llama cultura de seguridad y defensa y, como la de paz, debería comenzar en la familia y en la escuela, y con-



Representantes de instituciones, asociaciones empresariales y compañías en la presentación del 'hub' de Defensa de Aragón el pasado miércoles.

A fondo

La iniciativa puede convertir la creciente tensión geopolítica que vive el mundo en una oportunidad para la comunidad.

El 'hub' de Defensa de Aragón: por qué y para qué



CONRADO CEBOLLERO MARTÍNEZ

Responsable de industria dual de la Cámara de Comercio de Zaragoza

tinuar en nuestro desempeño como ciudadanos responsables que se preguntan por qué y para qué.

La expresión «los europeos se preguntan el porqué y los americanos el para qué» muestra claramente la diferencia de enfoque entre unos, orientados a las causas, y otros, a las utilidades, pero también confirma la evidencia de que en ambos casos se prodiga la disparidad de opiniones, el debate, algo que nos hace semejantes (el mundo libre), y a la vez nos diferencia de otros muchos lugares en los que la discrepancia no se per-

mite, no hay que preguntarse nada, todo está ya pensado.

El entorno global de seguridad, y el europeo en particular, se están deteriorando profunda y rápidamente sin que lo hayamos buscado ni deseado. Los actores que no comparten nuestra cultura de paz ni nuestra forma de vida, que desprecian y persiguen nuestras libertades, y que emplean la fuerza o están dispuestos a emplearla para alcanzar sus objetivos, son cada vez más numerosos y poderosos.

Es en estos momentos en los

que la geopolítica resquebraja los lazos entre Estados, cuando debemos acercarnos a quienes comparten nuestros principios y valores. Así lo entendió Albert Einstein en verano de 1933 cuando abandonó temporalmente sus postulados pacifistas y se manifestó proponiendo una militarización general y una coordinación defensiva entre todos los países de occidente para poder frenar al nazismo. No tuvo éxito y occidente menguó hasta casi desaparecer.

Europa, que fue salvada entonces, busca ahora disponer de sus propias capacidades defensivas. No estamos entrando en una etapa militarista, pero sí de ocuparnos de la protección de nuestro bienestar, prosperidad, derechos y libertades. Es la ocasión de reincorporarnos a la carrera tecnológica que hace tiempo perdimos ya que nuevas tecnologías emergentes y disruptivas diseñarán el futuro y sólo con un esfuerzo coordinado participaremos de ello. La economía europea se encuentra estancada y es necesario un estímulo industrial que la reactive.

España, que ha recibido durante décadas cuantiosos fondos económicos europeos, debe contribuir de forma solidaria ahora que sus socios se sienten amenazados, pero también ocuparse de la salvaguarda de sus intereses.

Y a ello debemos contribuir también los aragoneses como españoles. Tenemos que ser capaces de transformar esta crisis en una oportunidad y el hub de Defensa de Aragón es la solución encontrada entre todas las administraciones y la iniciativa privada, compartiendo un propósito y bus-

cando el bien común. Mediante el acuerdo; una vez más, el pacto, qué aragonés.

Y no estamos hablando de armas, que también, sino de todo un sector de defensa que incluye las actividades económicas relacionadas con la fabricación, desarrollo, investigación, y venta de productos y servicios relacionados con la seguridad y defensa nacional. En toda su diversidad: de vestuario a simuladores, mangueras o municiones. Para ello se precisan de empresas especializadas, pero también de equipos de investigación, centros tecnológicos e industrias excelentes capaces de concebir un uso dual de sus desarrollos, diversificar sus estrategias y competir en este sector.

Es el momento de contribuir a este proyecto nacional y europeo. Se trata de que este esfuerzo que sin duda hay que hacer, no pase de largo, sino que sirva para impulsar nuestra ciencia y tecnología, para diversificar nuestra industria y para mejorar nuestras infraestructuras logísticas, y que contribuya a la prosperidad de nuestra sociedad y a la mejora de su seguridad.

Por patriotismo. Pues no es otra cosa que patriotismo el sentirse orgulloso de la herencia recibida de nuestros mayores y trabajar para entregar el mejor legado, ciudad, región, país y mundo, para nuestros hijos.

Estamos viviendo una época especial en la que es posible seguir cultivando la paz a la vez que la determinación para defenderla y, siendo antimilitarista convencido, descubrir que también se es patriota. ■